

ARTE Y LITERATURA

Si de repente me mu-
[riera,
como se cae un cam-
[panario,
temblarían las campi-
[ñas
en un galope de cen-
[tauros.

Así terminaba Oscar Castro su hermoso poema "Rafz del canto", hace cuarenta años. Y el hecho lamentable ocurrió en 1947, precisamente el sábado 1.º de noviembre. Murió "de repente", es cierto, en una cama del hospital del Salvador, y su muerte —cierto también— fue para nosotros, para la Hermandad rancagüina de "Los Inútiles" y para todos sus amigos, que le amaban y admiraban, como el desplome de un campanario, porque con su silencio impresionante y total, su canto se quebró en la agonía dolorosa y resonó, en verdad, en el corazón del Grupo Literario de Santa Cruz de Triana, como un galope de Pegasos, haciendo temblar la campiña de su patria florida de Rancagua, que lo acogió en sus predios inmensos, en los que su privilegiado estro descubrió las claves de su poesía tan pura y emotiva como si el agro y la mole albar del Ande, en una manifestación de milagros, floreciera el insólito cantar de los surcos y los árboles, de los pájaros y de los cielos empenachados de arboles en los atardeceres, o cubiertos de abalorios chispeantes en las noches silientes cuando toda la actividad del día ha cesado.



Oscar Castro Z., "Si de repente me muriera...".

Testimonios

Oscar Castro Z., Ayer y Hoy

Por Homero Bascuñán

Aquella tarde de sábado, ahora tan lejana, Nicomedes Guzmán fue a verme a la industria textil donde yo trabajaba, y entonces daba término al balance mensual que me correspondía hacer, y me dio la triste noticia. Nos abrazamos llorando durante unos momentos que fueron eternos. Yo había conocido a Oscar en casa de Nicomedes, su entrañable amigo, y con él abordamos largamente temas cuyo interés compartíamos, y hablamos de nuestras vidas, que también tenían muchos aspectos

comunes en sus orígenes.

El domingo anterior a su deceso, yo —por haber sido el primero en llegar a visitarlo— le preparé el té y se lo serví en su lecho de enfermo. Después llegarían Isolda y el autor de "Los hombres oscuros", y luego departimos sobre el estado de su salud y de sus proyectos de trabajo para el futuro, que nada de halagador prometía; pero nosotros nos mentamos días luminosos que presentábamos allí, a la orilla de la tarde apacible, que, seguramente,

avanzaba lenta y casi sin sentirla hacia el futuro, que es prolongación eterna del tiempo y de la vida.

Pero esta vez Oscar Castro no estaba en su pieza. Nadie sabía nada de él. Lo buscamos por todas partes; recorrimos distintas dependencias, mas nuestro amigo no aparecía. Hasta que al fin descubrimos su cuerpo sobre una mesa de mármol en la Sala de Autopsia...

Lo demás ya lo he recordado en estas mismas columnas de "Las Últimas Noticias", hace tiempo. Y, a propósito, ahora recuerdo aquellos versos de su poema "Hablemos hoy", que son acaso un vaticinio del fin de su vida:

Un día me hallaréis muerto entre dos luceros./ Acompañad mi féretro, pisando las estrellas./ Y escribid en el viento con el ala de un pájaro:/ "Aquí paró su vuelo un corazón de abeja".

Nosotros lo hallamos muerto aquella tarde, pero no entre dos luceros, sino entre otros seres, mudos y yertos, que también como él habían puesto término a su tránsito terreno. Y yo, ahora, con la honda emoción del más humilde militante de nuestra Hermandad, intento escribir "en el viento con el ala de un pájaro": Aquí paró su vuelo un hombre íntegro, que no tenía un corazón de abeja, sino el de un poeta excepcional, y que emprendió su vuelo, hace treinta y tres años, hacia la eternidad de su lejanía celeste...